

Domingo VII T. O.

La Homilía S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:

Mt. 5,38-48

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto

La 1ª lectura nos ha dicho: «Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo». Y en el Evangelio, Jesús nos ha dicho: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

El reto que nos plantea la Palabra de Dios, es marcar la diferencia que nos exige el ser seguidores de Jesús, hijos del Padre Dios.

Los seguidores de Jesús no debemos contentarnos con cumplir el mínimo que establecen las leyes y las normas; debemos ir más allá, de manera que mostremos una diferencia en cuanto a nuestro modo de actuar como hijos del Padre.

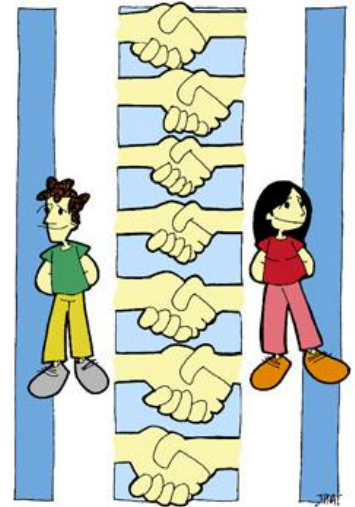
Y ante este reto, nuestra primera reacción será pensar: Esto nos desborda por todos los lados. La predicación de Jesús sobre el amor resulta casi siempre atrayente, pero cuando habla de amar a los enemigos, de querer a quien no te quiere, la cosa resulta ya desconcertante. Nos solemos echar para atrás. Eso del amor incondicional pues... como que nos asusta.

Pero la invitación de Jesús no es una ocurrencia. Su invitación nace de su experiencia de Dios. **El Padre de todos nos ama incondicionalmente a todos:** «El hace salir su sol sobre buenos y malos, manda la lluvia a justos e injustos». No discrimina a nadie. No ama sólo a quienes le son fieles. Su amor está abierto a todos. Y quien quiera vivir como hijo suyo ha de parecerse a Él. Es bueno creo recordar aquel dicho de S. Jun de la Cruz: **“No pienses que porque en aquél no relucen las virtudes que tú piensas, no será precioso delante de Dios por lo que tú no piensas”.**

Por eso Jesús nos dice: *“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo”*

Esto desborda nuestros sentimientos, nuestra sensibilidad se rebela, porque traemos experiencia de heridas hondas, que no se curan automáticamente como resultado de un acto de la voluntad. El perdón y la reconciliación, el amor al enemigo, no provienen de los sentimientos puramente humanos, sino que son fruto de la gracia de Dios, que nos ayudará a amar a quienes menos lo merecen, pero que son los que más lo necesitan.

Si amamos solo a quienes nos aman y ayudamos solo a quienes nos ayudan, en que nos distinguimos los hijos del Dios que no excluye a nadie de su amor.



Este es el resumen de lo que el Señor nos dice hoy: **No os limitéis a cumplir lo mínimo de las leyes y normas. Amad incluso a vuestros enemigos. Sed perfectos. Pareceos a vuestro padre Dios.**